

2 EL DIOS DESCONOCIDO

"CASI TODA LA SABIDURÍA QUE POSEEMOS, ES DECIR, LA SABIDURÍA que es verdadera y confiable, puede reducirse a dos cosas: el conocimiento de Dios y de nosotros mismos."¹ Estas palabras, del primer párrafo del libro *Institución de la religión cristiana* de Juan Calvino, señalan el punto al que hemos llegado luego del capítulo anterior, pero también introducen un nuevo problema. Si es cierto que la sabiduría consiste en "el conocimiento de Dios y de nosotros mismos", esto nos lleva a preguntarnos: "¿Pero quién tiene dicho conocimiento? ¿Quién puede verdaderamente conocer a Dios y conocerse a sí mismo?" Si somos sinceros, debemos admitir que librados a nosotros mismos y a nuestras habilidades, la única respuesta posible es: "Nadie". Librados a nosotros mismos, nadie puede conocer verdaderamente a Dios. Tampoco nos podemos conocer a nosotros mismos en forma adecuada.

¿Cuál es el inconveniente? Desde luego, no nos conocemos a nosotros mismos porque no hemos conocido a Dios en primer lugar. Pero, ¿por qué no conocemos a Dios? ¿Es incognoscible? ¿Acaso es su culpa, o la nuestra? Naturalmente, nos resulta más grato culparlo a él. Pero antes de saltar a esta conclusión deberíamos tomar conciencia de lo que implica. Si la culpa es nuestra, aunque este hecho en sí pueda no ser reconfortante al menos podrá ser subsanado, porque Dios puede hacer cualquier cosa. Él puede intervenir. Por otro lado, si la culpa es de Dios (o, como podríamos preferir decir, si la culpa está en la naturaleza de las cosas), entonces no hay nada que pueda hacerse. La clave al conocimiento inevitablemente nos eludirá, y la vida es absurda.

Os Guinness en *The Dust of Death* aclara este punto al describir un "sketch" realizado por el comediante alemán Karl Vallentin. El cómico entraba al escenario que estaba sólo iluminado por un pequeño círculo de luz. Caminaba dando vueltas alrededor de ese círculo con cara de preocupación. Buscaba algo. Al cabo de un tiempo un policía se le acercaba y le preguntaba qué había perdido. "He perdido las llaves de mi casa", respondía Vallentin. El policía se le unía en la búsqueda, pero ésta parecía resultar infructuosa.

"¿Está usted seguro de que la perdió aquí?", preguntaba el policía.

"¡No!", le decía Vallentin, señalando una esquina en la oscuridad. "Fue allí". "Y entonces, ¿por qué no está buscando allí?"

"No hay luz allí" contestaba el cómico.²

Si no existe Dios o si existe Dios pero no lo podemos conocer por su culpa, entonces la búsqueda del conocimiento se asemeja a la búsqueda del comediante alemán. Donde debería realizarse la búsqueda, no hay luz; y donde hay luz, la búsqueda no tiene sentido. Pero, ¿es este el caso? La Biblia afirma que el problema no es de Dios sino nuestro. Por lo tanto, el problema tiene solución. Tiene solución por que Dios puede tomar, y en realidad ha tomado, la iniciativa de revelarse a nosotros, y así proveernos con la llave que nos faltaba para el conocimiento.

SER CONSCIENTES DE DIOS

Debemos enfrentar el problema, sin embargo: aunque resulte extraño, la persona que no conoce a Dios, en un cierto sentido pero igualmente válido, le conoce pero reprime ese conocimiento.

Aquí debemos volver a recordar la diferencia entre "ser conscientes" de Dios y verdaderamente "conocer a Dios". Conocer a Dios significa tomar conciencia de nuestra profunda necesidad espiritual y de cómo Dios puede suplir dicha necesidad, para luego confiar en Dios y reverenciarlo. Ser conscientes de Dios es sólo saber que Dios existe y que merece ser obedecido y adorado. Los hombres y las mujeres no conocen, ni obedecen, ni adoran a Dios en forma natural. Sin embargo, son conscientes de Dios.

Esto nos lleva a una de las afirmaciones más importantes que han sido registradas para beneficio de la humanidad -en la carta del apóstol Pablo a la iglesia recién establecida en Roma-. Contienen la primera tesis del apóstol en su exposición de la doctrina cristiana.

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen

excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible, en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. (Ro. 1:18-23)

Vemos aquí tres ideas fundamentales. Primero, la ira de Dios se despliega contra el hombre natural. Segundo, el hombre ha rechazado a Dios deliberadamente. Tercero, este rechazo ha tenido lugar a pesar de la conciencia de Dios que posee toda persona naturalmente.

LOS DOS ASPECTOS DE LA REVELACIÓN

Nuestro punto de partida será el tercer punto: la conciencia de Dios que toda persona posee naturalmente. Porque es aquí donde vemos que, aunque nadie conoce a Dios naturalmente, nuestro fracaso en conocer a Dios no es culpa de Dios. Él se ha revelado a sí mismo en dos aspectos, y todos tenemos esta revelación.

El primer aspecto es la *revelación de Dios en la naturaleza*. Podemos parafrasear el argumento de Pablo diciendo que todo lo que el hombre natural puede conocer sobre Dios ha sido revelado en la naturaleza. Por supuesto, debemos admitir que este conocimiento es limitado. Pablo lo define como consistiendo sólo de dos cosas: el eterno poder de Dios y su deidad. Pero aunque dicho conocimiento es limitado, es suficiente para que nadie pueda usarlo como excusa para no seguir de ahí en adelante buscando a Dios en su plenitud. En un lenguaje contemporáneo la frase "eterno poder" puede entenderse como la palabra supremacía, y "deidad" podría ser sustituida por ser. Pablo nos está diciendo que la evidencia proporcionada por la naturaleza acerca de la naturaleza de un Ser Supremo es amplia y enteramente convincente. Dios existe, y los seres humanos lo saben. Este es el argumento. Cuando los hombres y las mujeres luego se niegan a reconocer y adorar a Dios, como lo hacen, la culpa no está en la falta de evidencia sino en su determinación irracional y resuelta de no conocerle.

El Antiguo Testamento nos habla de la clara revelación de Dios en la naturaleza. "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras" (Sal. 19:1-4). El asunto es que la revelación de Dios en la naturaleza es suficiente para convencer a cualquiera de la existencia y el poder de Dios, si la persona la acepta.

Pero hay un segundo aspecto a tomar en cuenta en la revelación que Dios hace de sí mismo. Podríamos llamarla una *revelación interior* o, al menos, la capacidad interior de recibirla. Ninguna persona en su estado natural ha llegado realmente a conocer a Dios en el sentido bíblico más cabal. Pero todas las personas tienen la capacidad de recibir la revelación natural. Pablo se refiere a esta capacidad cuando dice que "lo que de Dios se conoce les es *manifiesto*" (Ro. 1:19).

Supongamos que venimos manejando por una calle y vemos una señalización que dice: "Desvío-Girar a la izquierda". Pero ignoramos esa advertencia y continuamos conduciendo. Sucede que hay un oficial de policía cerca que entonces nos hace detener y nos impone una multa. ¿Qué excusa podríamos tener? Podríamos decir que no vimos la señalización. Pero no hará ninguna diferencia. Mientras estemos conduciendo el automóvil la responsabilidad de ver la señalización y obedecer lo que dice es nuestra. Aun más, seremos responsables si, por haber ignorado la señalización, nos caemos por un barranco destruyéndonos a nosotros y a nuestros pasajeros.

Pablo nos está diciendo, primero, que hay una señalización. Es la revelación de Dios en la naturaleza. Segundo, tenemos "visión". Si elegimos ignorar la señalización, y arriesgarnos a un desastre, la responsabilidad será nuestra. El juicio de Dios (como el del oficial de policía) se debe a que siendo conscientes de Dios nos negamos a reconocerle como Dios, no a que no le hayamos o no hayamos podido conocerle. Pablo escribe: "de modo que no tienen excusa; pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios" (Ro. 1:20-21).

Pablo no está diciendo que hay suficiente evidencia sobre Dios en la naturaleza de modo que el científico, que detenidamente sondea los misterios de la naturaleza, puede ser consciente de Dios. No está diciendo que la señalización está ahí pero que está oculta, que sólo la podremos ver si miramos detenidamente. Pablo está diciendo que la señalización es bien clara. Es como un anuncio publicitario. No hay nadie, no importa lo tonto o insignificante que sea, que pueda tener como excusa no haberla visto. Hay suficiente evidencia de Dios en una flor de forma tal que tanto un niño como un científico pueden ser conducidos a adorar a Dios. Hay suficiente

evidencia en un árbol, un canto rodado, un grano de arena, una huella dactilar, para hacernos glorificar a Dios y agradecerle. Este es el camino del conocimiento. Pero las personas no lo tomarán. Pondrán a la naturaleza o a partes de la naturaleza en lugar de Dios y se encontrarán con sus corazones entenebrecidos.

Calvino llega a esta conclusión: "Pero aunque no tenemos la posibilidad natural de alcanzar el conocimiento puro y claro de Dios, no tenemos excusa, ya que la torpeza es nuestra culpa. Y tampoco podemos pretender ser ignorantes sin que nuestra conciencia nos acuse de bajeza e ingratitud".³

EL RECHAZO DE DIOS

Cuando Calvino habla de la bajeza y la ingratitud nos trae al segundo punto en el argumento de Pablo a los Romanos: el hecho de que todos han rechazado a Dios a pesar de la revelación que Dios hace de sí mismo en la naturaleza. Sin embargo, cuando Pablo desarrolla este punto en Romanos (vs. 18), también nos muestra la naturaleza de nuestro rechazo y por qué éste tiene lugar.

La clave a este rechazo universal a Dios se encuentra en la frase "que detienen con injusticia la verdad". En griego, la palabra traducida "detienen" es *katechein*, que significa "sostener", "sujetar", "mantener", "coger", "contener", "restringir", "reprimir". En un sentido positivo, el término se utiliza para significar estar sujetos a algo que es bueno. Pablo nos habla de "estar asidos a la palabra de vida" (Fil. 2:16). En un sentido negativo, se utiliza para significar cuando equivocadamente se restringe o impide algo. Es así como las nuevas traducciones de la Biblia en Romanos 1:18 hablan de los que "de tienen la verdad con su maldad" (NIV), "detienen la verdad con injusticia" (NASB), y "mantienen la verdad encarcelada en su maldad" (JB). La New English Bible dice que esas personas están "sofocando" la verdad. Esta es, entonces, la naturaleza del problema. La ira de Dios se revela desde los cielos contra los seres humanos, no porque simplemente o por descuido no se han percatado de la verdad, sino más bien porque en lo profundo de sus corazones, con maldad y deliberadamente, han reprimido lo que sabían sobre Dios.

R. C. Sproul ha llamado a este argumento "el corazón de la psicología paulina del ateísmo"⁴ señalando que es aquí donde radica la culpa humana. Las personas tienen el conocimiento suficiente para volverse de su forma de vida hacia Dios y así, por lo menos, comenzar a buscarle. Pero este conocimiento, como si fuera un enorme resorte, ha sido sujetado. Ahora el resorte amenaza con soltarse y demoler el punto de vista y el estilo de vida del que lo está sujetando. Entonces esa persona lo oprime aún más, deteniendo la verdad.

¿Por qué hacemos esto? Si es cierto que, como señalamos en el capítulo anterior, el conocimiento de Dios obra siempre en nuestro beneficio y si, como acabamos de decir, el principio de dicho conocimiento ya se halla presente en nosotros, entonces, ¿por qué lo reprimimos? ¿No tendríamos que recibir esa verdad con los brazos abiertos e intentar tomar más de ella? ¿Acaso las personas son simplemente irracionales en este asunto? ¿O será que el argumento de Pablo es erróneo?

Pablo no está equivocado. Los hombres y las mujeres detienen la verdad. Pero el motivo por el cual lo hacen es que *no les gusta la verdad sobre Dios*. No les gusta el Dios a quien esa verdad los conduce.

Notemos que Pablo comienza estos versículos de Romanos diciendo que la ira de Dios se revela desde el cielo contra "toda impiedad e injusticia de los hombres". La *impiedad* tiene varios significados. En esta ocasión no significa que los seres humanos no son como Dios (si bien esto es cierto), sino que además están en un estado de oposición a la naturaleza divina de Dios. Dios es soberano, pero a las personas no les gusta su soberanía. No desean reconocer que hay Uno que con rectitud los gobierna. Dios es santo, pero a los hombres y las mujeres no les gusta su santidad. Su santidad pone nuestra propia pecaminosidad sobre el tapete. No nos gusta un Dios que ve hasta en lo más recóndito de nuestros corazones y que nos conoce íntimamente. Casi todo lo que puede ser conocido sobre Dios le resulta, de algún modo u otro, repulsivo al hombre natural. Entonces reprime la evidencia que lo podría conducir en la dirección del verdadero conocimiento de Dios.

La segunda palabra es "injusticia". Al hombre natural todo lo que sea de Dios le resulta repugnante, pero el motivo sustancial de esta repugnancia es la justicia divina. Dios es santo, pero las personas no son santas. Las personas no son rectas, y están conformes con su falta de rectitud. En consecuencia, no desean conocer a un Dios que les demandaría imposiciones morales. Conocer a Dios requeriría un cambio. En otras palabras, el rechazo a conocer a Dios se basa en causas morales y no intelectuales.

RECHAZANDO EL CONOCIMIENTO DE DIOS

Hemos llegado a esta altura a la verdadera fuente del problema humano. Los hombres y las mujeres han rechazado el principio del conocimiento de Dios por razones morales y psicológicas. Pero les resulta imposible detenerse ahí. Han rechazado a Dios; pero todavía son criaturas divinas y en su carácter intelectual y moral tienen necesidad de Dios (o de algo que se le asemeje). Al ser reacias y conocer el verdadero Dios y al no poder vivir sin él, se inventan dioses sustitutos para ocupar su lugar. Estos dioses pueden ser las leyes científicas sofisticadas de nuestra cultura, los dioses y las diosas del mundo griego y romano, o las imágenes bestiales y depravadas del paganismo.

La universalidad de la religión en este planeta no se debe a que los hombres y las mujeres estén buscando a Dios, como algunos han argumentado. En realidad, se debe a que no desean aceptar a Dios, y sin embargo, necesitan algo que ocupe el lugar de Dios.

El proceso de rechazo es un proceso de tres etapas, bien conocido por los psicólogos contemporáneos: el trauma, la represión y la sustitución. En su análisis del ateísmo, Sproul demuestra que la confrontación con el Dios verdadero choca y lastima a las personas. Es traumática. Como consecuencia, reprimimos lo que sabemos. "No hay ningún trauma si *los ojos* permanecen siempre cerrados y la luz no puede penetrar. Pero *los ojos* se cierran como reacción al choque provocado por la luz -luego de haber *experimentado* el dolor".⁵ El punto importante es que el conocimiento de Dios, aunque reprimido, no puede ser destruido. Permanece intacto, aunque profundamente enterrado en el subconsciente. Su ausencia es sentida, y el Dios verdadero es sustituido por "lo que no es Dios".

LA IRA DE DIOS

Llegamos así a la primera afirmación de Pablo, habiendo tomado los tres puntos principales de la porción en el sentido inverso: la ira de Dios se revela contra los seres humanos porque han reprimido lo que comprendían del conocimiento de Dios.

Algunas personas se sienten profundamente incómodas por la enseñanza de que el Dios del universo manifiesta ira. Entienden que Dios es un Dios de amor, como sin duda lo es, y no pueden comprender cómo Dios puede poseer ambas características. En este punto, o no comprenden, o no conocen a Dios. Un Dios que no manifiesta ira contra el pecado es un Dios deforme o mutilado. Le falta algo. Dios es perfecto en su amor. Eso es verdad. Pero Dios también es perfecto en su ira que, como Pablo nos dice en Romanos, "se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres".

En cualquier presentación lógica de la doctrina, la ira de Dios es la primer verdad que debemos aprender sobre él. ¿Por qué no comenzó Pablo diciéndonos que el amor de Dios se revela desde el cielo? No lo hizo porque Dios no sea amor, porque sí lo es, como Pablo nos demostrará más adelante. Es para que reconozcamos nuestra profunda necesidad espiritual y que estemos preparados para recibir el conocimiento de Dios a través de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, porque sólo así podremos recibirlo. Cuando los hombres y las mujeres se acercan a Dios jactándose de su supuesto conocimiento espiritual, Dios los declara ignorantes. Si se acercan a Dios jactándose de sus propios logros, Dios no puede y no los recibirá. Pero si, con humildad, reconocen que han rechazado lo que Dios con claridad reveló en la naturaleza, que no tienen excusa, que la ira de Dios justamente está suspendida sobre ellos, entonces Dios obrará en sus vidas. Les mostrará que ya abrió un camino para que la ira de Dios no caiga sobre ellos, que Jesús lo tomó, y que ahora el camino está libre para que crezcan en el amor y el conocimiento de Dios que es la salvación.

Notas

1. Calvino, Juan, Institución de la religión cristiana. Países bajos: Fundación editorial de literatura reformada, 1967.
2. Os Guinness, The Dust of Death (Downers Grove, Ill.: Interarsity Press, 1973), p. 148.
3. Calvino, Juan, Institución de la religión cristiana. Países bajos: Fundación editorial de literatura reformada, 1967, pp. 68-69.
4. R. C. Sproul, The Psychology of Atheism (Minneapolis: Bethany Fellowship, 1974), p. 59.
5. Ibid, p. 75.